

EN TORNO AL PANTEÓN

4 textos en torno al Panteón de Roma

PUBLICADO EN

Palimpsesto Architectonico. Ed. Asimétricas. Madrid. 2018

Seconda Parte de Tempi Antichi che contiene il celebre Panteon, publicada dal Cavaliere Francesco Piranesi Architetto Romano 1790. Facsímil, ETSAM, Madrid 2018. Prólogo

Sharpening the Scalpel. Arcadia Mediática. Madrid, 2019

EN TORNO AL PANTEÓN

4 textos en torno al Panteón de Roma

¿Cuántas veces no habré yo ya escrito del Panteón de Roma?

Escribí sobre la Belleza en mi discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que versó sobre “Buscar denodadamente la Belleza”. Y escribí “Acerca del Disfrute intelectual”, en mi reciente lección de despedida de la Escuela de Arquitectura con motivo de mi jubilación, como mandan los cánones. Y en ambos discursos hablé del Panteón, pues en el Panteón de Roma se aúnan ambos, Belleza y Disfrute intelectual.

Y, ¿por qué ahora, una vez más? La razón es bien sencilla. Porque no soy sólo yo quien habla del Panteón de Roma al tratar de la Belleza. Porque muchos de los mejores escritores que en el mundo han sido, han escrito sobre el Panteón ¡y como lo han hecho!

El Panteón de Roma es la arquitectura más hermosa del mundo, capaz de removernos. De ayer, de hoy y de mañana. Hace mucho tiempo llegué a un acuerdo con mis alumnos de que cuando visitaran el Panteón de Roma, si lloraban, tenían que mandarme una postal diciéndome que habían llorado. Y todos han llorado. Y tengo una abultada colección de esas postales del Panteón romano, escritas todas, todavía a mano. E incluso con alguna línea emborronada por aquellas lágrimas. Alguna me ha llegado la semana en que escribo esto.

Debo confesar que el origen de este texto, de este excursus sobre el Panteón romano, es el descubrimiento de que Cervantes, en D. Quijote de la Mancha, en boca del mismísimo D. Quijote, habla del Panteón.

Y con Cervantes (1547,1616), Stendhal (1783,1842), Henry James (1843, 1916), y Marguerite de Yourcenar (1903, 1987). Y muchos otros que no sigo citando por razón de la exigible brevedad.

CERVANTES

Recuerdo todavía la cara de extrañeza que puse ¿el Panteón en el Quijote?, cuando un buen amigo mío, sabedor de mi devoción por el Panteón, me dijo algo que yo no sabía, o de lo que yo no era consciente: que en el Quijote, Cervantes hablaba del Panteón. Y es que Cervantes vivió un cierto tiempo en Roma.

A fines de 1569 Cervantes estuvo en Roma como camarero del cardenal Acquaviva. Y así Roma aparece en algunas de sus obras, como El licenciado Vidriera o Los trabajos de Persiles y Sigismunda.

Pero lo que casi nadie sabe ni dice, es que Cervantes estuvo en el Panteón de Roma, tan bien lo describe en el capítulo VIII de la segunda parte del Quijote, que no me cabe la menor duda de que estuvo allí.

Pero vayamos directamente a ese texto.

Capítulo VIII 2ª parte de D. Quijote de la Mancha

También alude a esto lo que sucedió al grande emperador Carlo Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y a su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojar me de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo». «Yo os agradezco —respondió el Emperador— el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y, así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo estuviere.» Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?

Claro que Cervantes, D. Quijote, habla aquí del “templo de la Rotunda” que tras decir que “es hechura de una media naranja” y “grandísimo en extremo”, está claro que se refiere al Panteón.

Y tras relatar en ese pasaje, la pretensión de su amigo de tirarse, óculo abajo, abrazado al emperador Carlos V al que enseñaba el Panteón, con la peregrina idea de hacerse famoso, Cervantes aprovecha para, en boca de D. Quijote, hacer una alabanza de la humildad:

Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la

generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

¿Cómo podría alguien, y menos con la extremada sensibilidad de Cervantes, permanecer inmune ante tanta belleza? Y, lógicamente, después, transmitírnoslo a través de su mejor obra.

STENDHAL

¿Y Stendhal? Stendhal, autor de novelas tan conocidas como La Cartuja de Parma o Rojo y Negro, también escribió sobre el Panteón. ¿Cómo podría no escribir sobre el Panteón en sus Paseos por Roma? Pero vayamos directamente a las fuentes:

El resto más bello de la Antigüedad romana es sin duda el Panteón. Este templo ha sufrido tan poco, que lo vemos como los romanos. El año 606, el emperador Focas, el mismo a quien las excavaciones de 1813 han devuelto la columna del Foro, donó el Panteón al papa Bonifacio, que lo convirtió en iglesia. ¡Qué lástima que en 606 no se apoderase la religión de todos los templos paganos! La Roma antigua estaría toda ella casi en pie.

El Panteón tiene esta gran ventaja: bastan dos instantes para penetrarse de su belleza. El visitante se para ante el pórtico, avanza unos pasos, ve la iglesia y se acabó. Esto que acabo de decir le basta al extranjero; no necesita otra explicación; el encanto que te produzca el monumento será proporcional a la sensibilidad que el Cielo le haya dado para las bellas artes. Creo que no he conocido nunca un ser que no se emocione en absoluto al ver el Panteón. Este célebre templo tiene, pues, algo que no se encuentra ni en los frescos de Miguel Ángel ni en las estatuas del Capitolio. Creo que esta inmensa bóveda, suspendida sobre sus cabezas sin apoyo aparente, inspira a los tontos el sentimiento del miedo; no tardan en tranquilizarse y se dicen: “¡Y es, sin embargo, por complacerme por lo que se han tomado la molestia de ofrecerme una sensación tan fuerte!”

Este templo tan célebre no tiene más que ciento treinta y tres pies de diámetro y ciento treinta y tres de altura. Fue construido por Marco Agripa durante su tercer consulado, o sea en el año 727 de Roma, veintiséis años antes de la Era cristiana (hace mil ochocientos cincuenta y cuatro años).

Se lee en el friso del pórtico:

M · AGRIPPA · L · F · COS · TERTIVM · FECIT ·

Fue restaurado por los emperadores Adriano y Marco Aurelio, y finalmente por Septimio Severo y Antonino Caracalla. No hay la menor duda a este respecto, pues se lee la siguiente inscripción sobre el arquitrabe del pórtico:

IMP·CAESAR·LVCIVS·SEPTIMVS·SEVERVS·
PIVS·PERTINAX·
ARABIC·ADIABENIC·PARTHIC·PONT·MAX·
TRIB·POT·XI·COS·III·PP·PROCOS·
ET·IMP·CAES·MARCVS·AVRELIVS·PIVS·
FELIX·AVG·TRIE·POT·V·COS·PROCOS·
PANTHEVM·VETVSTATE·CORRVPTVM·
CVM·OMNI·CVLTV·RESTITVERVNT·

Agripa era yerno de Augusto. Dedicó este templo a Júpiter Vengador en memoria de la célebre victoria que su suegro obtuvo cerca de Actium contra Marco Antonio y Cleopatra (hace mil ochocientos cincuenta y nueve años). Estaban en él las estatuas de Marte, protector de Roma, y de Venus, protectora de la familia de Julio.

La altura total del Panteón (ciento treinta y tres pies) se divide en dos partes iguales; la mitad superior está ocupada por la curva de la gran bóveda; el arquitecto ha dividido la mitad inferior en cinco partes. Las tres primeras quintas partes, a partir del pavimento, están ocupadas por un orden corintio enteramente semejante al del pórtico. Las otras dos forman un ático con su cornisa”.

El Panteón es lo más perfecto que nos queda de la arquitectura romana.

Tantas páginas escribió nuestro Stendhal sobre el Panteón que no me detendré mucho más en él.

HENRY JAMES

Henry James, nacido en Nueva York y nacionalizado inglés en 1915, escribió entre sus muchos y maravillosos cuentos El último de los Valerio, donde hace unas bellísimas incursiones sobre el Panteón. Claro que mucho antes, al poco tiempo de estar en Roma, había declarado: “Finalmente, por primera vez en mi vida, ¡vivo!”.

En El último de los Valerio, Henry James nos cuenta la historia de una rica americana que se casa con un aristócrata romano, el conde Valerio, en cuyo jardín se encuentra una estatua de la diosa Juno, a cuya religión se convierte, enloquecido, el conde. Y en un momento culmen del cuento el Panteón se convierte en protagonista:

Vagabundee por Roma, dando vueltas a estas cuestiones, y una tarde me encontré en el Panteón.

Había empezado a caer un ligero chaparrón de primavera, y me apresuré a refugiarme en el gran templo, al que sus altares cristianos no han convertido sino a medias en una iglesia. Ningún monumento romano conserva una huella más

profunda de la vida antigua, ni afirma con más fuerza el recuerdo de aquellas antiguas creencias que tendemos a considerar fábulas oscuras. La inmensa y sombría cúpula parece conservar para el oído espiritual una vaga reverberación del culto pagano, como una caracola recogida en la playa conserva el rumor del mar. Había tres o cuatro personas dispersas ante los diversos altares; otra estaba de pie cerca del centro, bajo la abertura de la cúpula.

En el exterior, el sol trataba de atravesar las nubes, pero seguía cayendo una lluvia fina que penetraba en nuestro oscuro recinto como una especie de llovizna iluminada. El conde la contemplaba con la mirada fascinada de un niño que observa una fuente, y luego se apartó, apretándose la frente con la mano, y se acercó a uno de los altares ornamentales. Aquí de nuevo se quedó mirando, pero al cabo de un momento dio media vuelta y regresó al lugar de antes. Fue entonces cuando me reconoció, y supongo que notó la mirada de perplejidad que debía de haber fijado en él. Me saludó con un gesto franco de la mano y finalmente vino hacia mí. Me pareció que tenía una especie de temblor nervioso y que trataba de parecer tranquilo.

—Este es el mejor lugar de Roma — murmuró —. Vale por cincuenta San Pedros. Pero ¿sabe que nunca había venido aquí hasta el otro día? Lo dejaba para los forestieri. Van de un lado para otro con sus libros rojos y leen sobre esto y aquello, y creen que lo conocen. ¡Ah! Hay que sentirlo..., sentir la belleza y la idoneidad de esta gran claraboya abierta. Ahora sólo el viento y la lluvia, el sol y el frío entran por ella, pero antaño... antaño — me tocó el brazo y me dirigió una extraña sonrisa — los dioses y diosas paganos entraban volando por ella y ocupaban su lugar en los altares. ¡Qué procesión, cuando los ojos de la fe podían verla! ¡Y estas son las cosas que nos han dado a cambio! — Y se encogió de hombros con desprecio —. ¡Me gustaría echar abajo sus pinturas, tirar sus candelabros y envenenar su agua bendita!

MARGUERITE DE YOURCENAR

Y finalmente, por ahora, Marguerite de Yourcenar, la autora de las Memorias de Adriano, donde no puede menos que aparecer el Panteón en el centro espacial de su novela. En el capítulo “Seculum aureum”, pone en boca de Adriano:

Me obsesionaba la idea de construir un templo a todos los dioses, un Panteón. Había elegido el emplazamiento sobre los restos de antiguos baños públicos ofrecidos al pueblo romano por Agripa, el yerno de Augusto. Del viejo edificio no quedaba más que un pórtico y la placa de mármol conteniendo una dedicatoria al pueblo de Roma: esta última fue cuidadosamente reinstalada en el frontón del nuevo templo. Poco me importaba que mi nombre no figurara en esa obra, que era mi pensamiento. En cambio me agradaba que una inscripción, de más de un siglo de antigüedad, la asociara con los comienzos del imperio, con el pacífico reinado de Augusto.

El mismo día, con una solemnidad más recogida y como en una sordina, tuvo lugar en el interior del Panteón una ceremonia consagratoria. Había yo corregido

personalmente los planes excesivamente tímidos del arquitecto Apolodoro. Utilizando las artes griegas como simple ornamentación, lujo agregado, me había remontado para la estructura misma del edificio a los tiempos primitivos y fabulosos de Roma, a los templos circulares de la antigua Etruria. Había querido que el santuario de Todos los Dioses reprodujera la forma del globo terrestre y de la esfera estelar, del globo donde se concentran las simientes del fuego eterno, de la esfera hueca que todo lo contiene. Era también la forma de aquellas chozas ancestrales de donde el humo de los más arcaicos hogares humanos se escapaba por un orificio practicado en lo alto. La cúpula, construida con una lava dura y liviana que parecía participar todavía del movimiento ascendente de las llamas, comunicaba con el cielo por un gran agujero alternativamente negro y azul. El templo, abierto y secreto, estaba concebido como un cuadrante solar. El disco del día reposaría allí como un escudo de oro; la lluvia depositaría un charco puro; la plegaria escaparía como una humareda hacia ese vacío donde situamos a los dioses.

FINALE

Tras estos cuatro testimonios fehacientes de cuatro extraordinarios escritores, nadie debería dudar de la hermosura del Panteón romano. Y de cómo la Arquitectura, quizás con más fuerza que ninguna de las Bellas Artes, puede alcanzar una belleza capaz de remover nuestro corazón y nuestra cabeza produciendo un verdadero disfrute intelectual. La hermosura, la belleza de la que está vestida la mejor arquitectura, de la que de manera eminente está investida el Panteón de Roma.

Claro que si siguiéramos, seguiremos, estudiando en torno al Panteón romano, y a los creadores que han tenido relación con él, no terminaríamos nunca. Goethe en su Viaje a Italia llega a escribir: "El Panteón es uno de los edificios de Roma que se han apoderado con tanta fuerza de mi alma, que apenas hay en ella sitio para algo más".

Y Velázquez colgó en las puertas del Panteón el retrato de Juan de Pareja, cuando ingresó en la Academia de San Lucas y en la Congregación de los Virtuosos en Roma. Y Eduardo Chillida escribió sobre sus sensaciones cuando se abrazaba a la columna de luz que allí procedía de arriba. Y Rafael Sanzio y Arcangelo Corelli se hicieron enterrar allí. Y nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, conserva los cajones del West Morland con un montón de dibujos del Panteón. Y tantas cosas.